

cia que la audiencia territorial nacional era un establecimiento constitucional que á ella no la era lícito alterar, como que no tenia poderes constituyentes, ni podia privar á ningun acusado del derecho de ser juzgado por sus propias leyes anteriores. Esta cuestion habia suscitado de nuevo otra nube de peticiones, al mismo tiempo que tenia la asamblea que resistir á una minoria exagerada, al ayuntamiento y á las secciones desencadenadas. Se contentó con abreviar algunas fórmulas del procedimiento, pero mandando que los acusados continuasen en Orleans á disposicion de la audiencia y que no fuesen distraidos de la jurisdiccion que la constitucion les habia señalado.

Habia pues dos opiniones diferentes, queriendo la una que se respetase á los vencidos, sin por eso desplegar menos energia contra los extranjeros, y la otra que se empezase por acabar con los enemigos ocultos antes de salir contra los que venian armados y se acercaban á la capital. Este último pensamiento no tanto era una opinion como un instinto ciego y feroz, compuesto de miedo y cólera, y que debia aumentarse con el peligro.

Estaban tanto mas irritados los parisienses cuanto mayor era el riesgo que corria su ciudad, foco de todas las insurrecciones, y objeto principal de la marcha de los ejércitos enemigos. Acusaban á la asamblea, compuesta de diputados de las pro-

vincias, de que querian retirarse á ellas. Particularmente los girondinos, que por la mayor parte pertenecian á las del medio dia, y formaban aquella mayoría moderada que tanto aborrecia el ayuntamiento, eran acusados de que intentaban sacrificar á Paris por odio á la capital. No eran del todo violentas estas suposiciones, por lo mismo que los Parisienses debian estar bien persuadidos de que ellos mismos las habian provocado; pero aquellos diputados amaban demasiado á su patria y la causa que en ella se defendia para pensar en abandonar á Paris. Verdad es que siempre habian creído que una vez perdido el norte podrian replegarse al mediodia, y no es menos cierto que en aquel momento mismo algunos de ellos miraban como prudente trasladar la silla del gobierno del otro lado del Loira; pero jamas habia entrado en su corazon el deseo de sacrificar una ciudad odiosa, ni trasladar el gobierno á sitios donde ellos fuesen los amos. Era demasiado elevada su alma, y se sentian ademas con demasiada fuerza en la próxima reunion de la convencion, para que pensasen ya en alejarse de Paris.

Lo que principalmente se desaprobaba en ellos era su indulgencia con los traidores y su indiferencia por los intereses de la capital. Obligados á luchar contra los hombres mas violentos debian, aun teniendo el número y la razon de su parte,

ceder á la actividad y energía de sus adversarios. En el consejo ejecutivo eran cinco contra uno, porque además de los tres ministros Servan, Claviere y Roland que eran de su propio seno, tenían á Monge y Lebrun, á cuya elección habían contribuido. Pero Danton solo, que sin ser enemigo suyo personal, no tenía ni su moderación ni sus mismas opiniones, este solo dominaba el consejo y les arrebatava todo el influjo. Mientras que Claviere procuraba reunir algunos recursos económicos, Servan se daba prisa á enviar algunos refuerzos á los generales, y Roland despachaba las mas juiciosas circulares para ilustrar á las provincias, dirigir las autoridades locales, é impedir sus usurpaciones del poder y toda especie de violencias, Danton no se ocupaba de otra cosa que de colocar en la administración criaturas suyas. A todas partes enviaba sus fieles franciscanos que le proporcionaban infinitos apoyos, al paso que él hacia de este modo partícipes á sus amigos de los provechos de la revolución. Persuadiendo ó asustando á sus colegas, no encontraba otro obstáculo que la inflexible rigidez de Roland, el cual repelia frecuentemente ó sus ideas ó los sujetos que proponia; y como Danton no quería romper con Roland, á pesar de estas contradicciones, se contentaba con ganar el mayor número de nombramientos y decisiones posibles.

Como el verdadero dominio de Danton residia en Paris, no queria de ningun modo perderle, y estaba bien decidido á impedir toda traslación del otro lado del Loira. Dotado de una audacia extraordinaria, y habiendo proclamado la insurrección la víspera del diez de agosto cuando todo el mundo estaba lleno de dudas, no era hombre para retroceder sino mas bien para sepultarse en la capital. Hallándose dueño del consejo, estrechamente unido con Marat, y con la comisión de vigilancia del ayuntamiento, perfectamente escuchado en todos los clubs, y últimamente viviendo en medio de la multitud como en su propio elemento, era indisputablemente el hombre mas poderoso de Paris; y aquella potencia, como fundada solo en su carácter violento, que le ponía en contacto con las pasiones del pueblo, debía ser temible para los vencidos. Impelido por su ardor revolucionario, se inclinaba á todas las ideas de venganza que repugnaban á los girondinos, y era gefe de aquel partido parisiense que decia: «Nosotros no retrocederemos, sino que pereceremos en la capital y bajo sus ruinas; pero nuestros enemigos perecerán antes que nosotros.» De este modo se preparaban en los ánimos aquellos horribles sentimientos que luego produjeron escenas tan espantosas.

Esparcióse con la mayor rapidez el día 16 la no-

ticia de la toma de Longwy que causó en Paris una agitacion general, y aunque durante todo aquel día se estuvo disputando sobre su verosimilitud, por último no pudo quedar duda y se supo que la plaza habia abierto sus puertas despues de algunas horas de bombardeo. Fué tal la fermentacion ocasionada por esta noticia, que la asamblea decretó la pena de muerte contra cualquiera que propusiese rendir una plaza sitiada. Se mandó tambien, á peticion del ayuntamiento, que Paris y los departamentos inmediatos, aprontasen, en el término de pocos dias, 30 mil hombres armados y equipados. No era difícil aquel alistamiento, segun el entusiasmo que reinaba, y aun el número hacia desvanecer todo peligro, porque no se figuraban que cien mil Prusianos pudiesen vencer algunos millones de hombres decididos á defenderse. Se trabajó con nueva actividad en el campamento de Paris, y todas las mugeres se reunieron en las iglesias para contribuir con los efectos necesarios para él.

Danton se presentó en el ayuntamiento, y á propuesta suya se recurrió á los medios mas estremados: por ejemplo se resolvió hacer en las secciones el censo de todos los indigentes, señalarles paga y darles armas; se mandó ademas el desarmamento y prision de los sospechosos, reputando como tales á todos los que habian firmado la peti-

cion contra el 20 de junio y contra el decreto del campamento junto á Paris. Para egecutar este desarme y arresto, se imaginaron las visitas domiciliarias, organizadas del modo mas espantoso. Debían cerrarse las barreras durante 48 horas que principiarian en la noche del 29 de agosto, sin que pudiera concederse permiso alguno de salir por ningun motivo. Igualmente se colocaron barcas en el rio, que impidiesen toda evasion por aquella parte, y los ayuntamientos inmediatos tenían encargo de arrestar á cualquiera que se cogiese en el campo ó por los caminos. Habian de anunciarse las visitas á toque de tambor, á cuya señal estaba obligado todo ciudadano á retirarse á su casa, sopena de ser tratado como sospechoso de conspiracion si se le cogia en otra alguna; por cuya razon todas las juntas de seccion y aun el mismo tribunal debian hacer vacaciones estos dos dias. Unos comisionados del ayuntamiento, asistidos de la fuerza armada, tenían encargo de hacer las visitas, apoderarse de las armas y arrestar á los sospechosos, es decir á los firmantes de las ya dichas peticiones, á los clérigos no juramentados, á los ciudadanos que faltasen á la verdad en sus declaraciones, y á los que habian sido objeto de alguna denuncia etc. etc. A las diez de la noche habia de cesar la circulacion de todos los carruages y quedar iluminada toda la ciudad.

Tales fueron las providencias tomadas para arrestar, según decían, á todos los malos ciudadanos que se ocultaban después del 10 de agosto. Principiaron estas visitas la noche del 27 y entregado un partido á la denuncia del partido contrario, se vió espuesto á encontrarse todo él en las cárceles. Cuantos habían pertenecido á la antigua corte, ó por sus empleos, ó por su rango ó por sus frecuentes idas á palacio; todos los que se habían pronunciado en su favor en los movimientos realistas, todos los que tenían enemigos cobardes y capaces de vengarse por una denuncia, fueron encerrados en las cárceles en número de 12 á 15 mil individuos. La comisión de vigilancia del ayuntamiento era quien presidía á tales arrestos y los mandaba ejecutar á su vista. Los arrestados eran por de pronto conducidos desde su morada á la comisión de su sección y desde esta á la del ayuntamiento. Allí se les hacía un breve interrogatorio acerca de sus sentimientos y de los actos que probaban más ó menos energía, sucediendo muy á menudo que un solo miembro de la comisión era quien interrogaba, mientras que los otros rendidos de sueño estaban tendidos por las sillas ó sobre las mesas. A los individuos que quedaban arrestados, se les custodiaba primero en la casa de la ciudad y luego se les iba distribuyendo por las cárceles en que todavía hubiese algún hueco. Allí se encontraban

encerradas todas las opiniones que se habían ido sucediendo unas á otras hasta el 10 de agosto, todas las clases que se habían trastornado, y muchos simples vecinos, á quienes ya se tenía por tan aristócratas como á los duques y los príncipes.

El terror reinaba en París, tanto en los republicanos amenazados por los ejércitos enemigos, como en los realistas amenazados por los republicanos. Para discurrir acerca de los medios de resistir al enemigo, se reunió la comisión de *defensa general* el día 30, y llamó á su seno al consejo ejecutivo á fin de deliberar sobre los recursos de salud pública. Era numerosa esta reunión por haberse juntado con los miembros de la comisión una multitud de diputados que querían asistir á la sesión, en la cual se propusieron diferentes dictámenes. El ministro Servan no tenía la menor confianza en los ejércitos, ni creía que pudiese Dumouriez con los 23 mil hombres que le había dejado Lafayette, contener á los Prusianos. Tampoco veía entre ellos y París ninguna posición bastante fuerte para resistirlos y detener su marcha, y en este punto todos estaban perfectamente de acuerdo, y así después de haber propuesto poner á toda la población de París en armas para combatir con desesperación, se habló de retirarse en caso de necesidad á Saumur, para poner espacios numerosos y nuevos obstáculos entre el enemigo y las au-

toridades depositarias de la soberanía nacional. Vergniaud y Guadet se opusieron á la idea de abandonar á Paris, y despues de ellos tomó la palabra Danton y dijo: «Se os propone salir de Paris, aunque no ignorais que en la opinion de los enemigos Paris representa la Francia, y que cederles este punto es lo mismo que abandonar la revolucion. Retroceder es perdernos, y así es indispensable mantenernos aqui por todos los medios posibles y salvarnos á fuerza de audacia. Entre los medios que se han propuesto ninguno me ha parecido decisivo, y es preciso no disimularnos la situacion en que nos ha colocado el 10 de agosto. El nos ha dividido en republicanos y realistas, siendo los primeros poco numerosos y los segundos mucho. En este estado de debilidad nosotros los republicanos estamos metidos entre dos fuegos, el del enemigo que está fuera y el de los realistas que están dentro. Estos tienen un Directorio Real que reside secretamente en Paris y se corresponde con el ejército Prusiano. Deciros donde se reune y quien le compone no seria imposible á los ministros; pero para desconcertarle, é impedir su funesta correspondencia con el estrangero, *se necesita* *se necesita* hacer miedo á los realistas. »

Al oir estas palabras, acompañadas de un gesto esterminador, se vió pintado el espanto en todos

los semblantes. «Es necesario os digo, continuó «Danton, hacer miedo á los realistas. Os importa sobre todo manteneros en Paris, y no lo «lograreis apurando vuestras fuerzas en inútiles «combates. Entonces una especie de estupor se propagó por todo el consejo, sin que ni una sola palabra se atreviese nadie á pronunciar, y todos se retiraron sin adivinar precisamente y sin siquiera atreverse á penetrar lo que preparaba el ministro.

Inmediatamente despues se fué á la comision de vigilancia del ayuntamiento, que disponia soberanamente de las personas de todos los ciudadanos, y donde reinaba Marat. Los ciegos é ignorantes cólegas de este último eran Panis y Sergent ya señalados en los dias 20 de junio y 10 de agosto, y los nombrados Jourdeuil¹⁸, Duplain¹⁹, Lefort²⁰ y Lefant²¹. Alli en la noche del jueves 30 de agosto al viernes 31, se meditaron proyectos horribles contra los desgraciados detenidos en las cárceles de Paris. ¡Deplorable y terrible ejemplo de los fanatismos políticos! Danton á quien nunca se le conoció ódio contra sus enemigos personales, sino mas bien accesible muchas veces á la compasion, prestó su audacia á los horribles ensueños de Marat, y ambos formaron un proyecto de que varios siglos han dado ejemplo, pero que no pue de explicarse al fin del 18.^o ni por la ignorancia de los

tiempos ni por la ferocidad de las costumbres. Vióse tres años antes al nombrado Maillard figurar al frente de las mugeres sublevadas en los famosos dias del 5 y 6 de octubre. Aquel Maillard, que era un antiguo alguacil astuto y sanguinario, habia reunido en derredor suyo una banda de hombres groseros y propios para atreverse á todo; tales en fin como se encuentran en las clases en que la educacion no ha depurado las inclinaciones ilustrando la inteligencia. Era conocido por gefe de aquella banda, y si hemos de dar crédito á una revelacion reciente, se le previno que estuviese pronto á obrar á la primera señal, que se colocase de un modo útil y seguro, que preparase garrotes ó cachiporras, que tomase precauciones para impedir los gritos de las víctimas, que comprase vinagre y escobas de palma, cal viva y carros entoldados etc.

Desde aquel instante se propagó sordamente la voz de una egecucion terrible. Los parientes de los presos estaban en la mayor angustia y la trama, asi como la del 10 de agosto, la del 20 de junio y otras se anunciaba con anticipacion con señales siniestras. Por todas partes se repetia que era necesario por medio de un egeemplo terrible espantar á los conspiradores que desde el centro de las cárceles se entendian con los estrangeros. Se quejaban de la lentitud del tribunal encargado de cas-

igar á los culpables del 10 de agosto, y se pedia á gritos una pronta justicia. El dia 31 fué absuelto por el tribunal del 17 de agosto el antiguo ministro Montmorin, y esto bastó para que se digese que la traicion habia penetrado á todas partes, y que estaba asegurada la impunidad de los culpables. En aquel mismo dia se dió por seguro que un condenado habia hecho varias revelaciones, las cuales se dijo consistian en que por la noche habian de escaparse los presos de los calabozos, armarse y esparcirse por la ciudad, cometer en ella horribles venganzas, libertar despues al rey y entregar Paris á los Prusianos. Entre tanto los infelices presos, á quienes se acusaba, estaban temblando por su vida, sus parientes estaban consternados, y la familia real no esperaba sino la muerte en la torre del Temple.

Andaban entre los jacobinos, en las secciones, en el consejo del ayuntamiento y en la minoria de la asamblea una multitud de hombres que creian estos supuestos planes y se atrevian á mirar como legítimo el esterminio de los detenidos. Ciertamente la naturaleza no produce tantos monstruos en un solo dia, y solo el espíritu de partido puede estraviar á tantos hombres á un tiempo. ¡Triste leccion para los pueblos! Se dá crédito á los peligros, se persuade de la necesidad de rechazarlos, se repite esto mismo á todas horas y

mientras que ciertos hombres proclaman con ligereza que es necesario dar un golpe, otros le dan con una ferocidad sanguinaria.

El sábado 1.º de setiembre se habian concluido las 48 horas fijadas para cerrar las barreras y para la egecucion de las visitas domiciliarias, habiéndose restablecido las comunicaciones: cuando de repente se estiende aquel dia la noticia de la toma de Verdun, que no estando mas que atacado se le supuso ya en manos del enemigo por otra nueva traicion como la que habia entregado á Longwy. Inmediatamente Danton hace que el ayuntamiento decreta que al dia siguiente se tocará la generala, sonará la campana de rebato, se tirará el cañonazo de alarma y todos los ciudadanos disponibles se presentaran armados en el campo de Marte, acamparán alli todo el dia y marcharán al siguiente hácia los muros de Verdun. Por tan terribles disposiciones se conoció evidentemente que se trataba de otra cosa que de un levantamiento en masa. Todos los parientes de los presos hacen los mayores esfuerzos para obtener la libertad de los detenidos, y se dice que el procurador síndico Manuel, á súplicas de una muger generosa, puso en libertad á dos presos de la familia Latremouille. Otra muger Mma. Fausset-Lendry, se obstina en querer seguir á la cárcel á su tío el abate de Rastignac, y la dice Sergent;

«Vm. comete una imprudencia, porque los presos no están seguros.»

Al dia siguiente 2 de setiembre era domingo y la ociosidad aumentaba el tumulto popular. En todas partes habia grupos numerosos, donde se decia que el enemigo podia estar dentro de tres dias en Paris. Informa el ayuntamiento á la asamblea de las medidas que habia tomado para la leva en masa de los ciudadanos, y Vergniaud, dominado por un entusiasmo patriótico, toma inmediatamente la palabra, felicita á los Parisienses por su valor, les alaba de que han convertido el celo que tenian de hacer mociones en otro mas activo y mas útil cual era el de los combates. «Parece, añadió, «que el plan del enemigo es marchar directamente «contra la capital, dejando tras de sí las plazas «fuertes, y ó yo me engaño mucho, ó este proyecto será nuestra salvacion y su pérdida. Nuestros «ejércitos que son demasiado débiles para resistirle, tienen bastante fuerza para inquietarle á sus «espaldas, y mientras que él llega perseguido por «nuestros batallones, encontrará frente de sí el «ejército de Paris formado en batalla bajo los muros de la capital, donde envuelto por todas partes, se hundirá en la tierra misma que ha venido á profanar. Pero en medio de estas lisonjeras esperanzas, hay un peligro que no debemos «disimularnos, y es el de los terrores pánicos, con

« los cuales cuentan nuestros enemigos y sembrar
 « el oro para producirlos. Bien sabeis que hay al-
 « gunos hombres de masa tan grosera que pier-
 « den el tino con la idea del menor peligro. Yo
 « quisiera que pudiera distinguirse esa especie de
 « gentes sin corazon y con figura humana, y reu-
 « nirlos á todos ellos en una misma ciudad, como
 « por ejemplo en Longwy á quien daríamos el
 « nombre de la ciudad de los cobardes, y alli reu-
 « niendo para sí solos todo el oprobio, no sembra-
 « rian el pavor entre sus conciudadanos, ni les ha-
 « rian mirar como gigantes á los pigmeos, ni equi-
 « vocarian el polvo que levanta una compañía de
 « lanceros con batallones armados!

« Hoy es el día, Parisienses, en que se necesita
 « mostrar una grande energía! ¿ Por qué no es-
 « tán mas adelantados los trabajos del campa-
 « mento? ¿ Donde están las palas y azadones
 « que levantaron el altar de la confederacion y ni-
 « velaron el campo de Marte? Grande fué el ardor
 « que manifestasteis para aprontar la fiesta, y no
 « creo que os mostreis mas lentos para los comba-
 « tes: ya que cantasteis y celebrasteis tanto la li-
 « bertad, es necesario que la defendais ahora. No
 « son reyes de bronce los que tenemos que derribar,
 « sino soberanos vivos y poderosos. Pido pues á la
 « asamblea nacional que dé el primer ejemplo,
 « enviando doce comisionados suyos, no para

« exortar á otros á que trabajen sino para trabajar
 « ellos mismos, tomando en sus manos las palas
 « y azadones y trabajar á presencia de todos los
 « ciudadanos.»

« Aquella proposicion fué adoptada con el mayor
 entusiasmo, é inmediatamente tomó la palabra
 Danton para dar cuenta de las providencias toma-
 das y proponer otras nuevas. « Una parte del pue-
 « blo, dijo, va á marchar á las fronteras; otra se
 « ocupará en abrir los retrincheramientos, y la
 « otra con sus picas defenderá lo interior de nues-
 « tras ciudades. Pero esto no basta, sino que se ne-
 « cesita enviar á todas partes correos y comisiona-
 « dos que inviten á toda Francia á imitar el ejem-
 « plo de Paris. Es preciso espedir un decreto por
 « el cual todo ciudadano esté obligado bajo pena
 « de muerte á servir en persona ó entregar sus
 « armas; y añadió en seguida. El cañonazo que vais
 « á oír no es el cañon de alarma, sino el paso de
 « carga contra los enemigos de la patria. Para ven-
 « cerlos y aterrarlos ¿ qué es lo que se necesita? au-
 « dacia, audacia y siempre audacia. » Asi las pa-
 labras como el gesto del ministro agitaron profun-
 damente á los concurrentes, y adoptada su mocion,
 salió de alli y se dirigió á la comision de vigilan-
 cia. Estaban en sesion todas las autoridades y cuer-
 pos, la asamblea, el ayuntamiento, las secciones
 y los jacobinos. Los ministros reunidos en el pa-